

por las fervorosas plegarias del clero durante la lucha, y por las bellas palabras de Felipe á sus guerreros: «La Iglesia ruega por nosotros: voy á combatir por ella, por la Francia y por vosotros¹.» Á su lado combaten todos los héroes de la caballería francesa, Mateo de Montmorency, Enguerrando de Coucy, Guillermo des Barres y Guerin de Senlis, pontífice, ministro y guerrero á la vez. Derrotado el enemigo, todos ellos se asocian al Rey para fundar en honor de la santa Virgen la abadía de Nuestra Señora de la Victoria, destinada á consagrar por el nombre de María la memoria de un triunfo que habia salvado la independencia de la Francia.

Bajo el breve cuanto próspero reinado de Luis VIII, víctima de la castidad, continuaron cobrando esplendor el trono francés y su dominacion sobre las provincias meridionales que á la postre debian ser absorbidas por él; y lo mismo sucedió bajo la brillante regencia de Blanca de Castilla, aquella madre tierna cuanto animosa y prudente soberana que preferia para sus hijos la muerte á verlos manchados con mortal culpa, sin descuidar por eso la exquisi-

¹ Guillermo el Breton, etc.

ta vigilancia por su temporal grandeza; Blanca, objeto bien natural del romancesco amor del poeta-rey Tibaldo de Champaña que tan tierna devocion profesaba á nuestra santa Isabel¹. Fue esta regencia digno anuncio del reinado de aquel modelo de reyes, san Luis, en quien se resume el pensamiento del historiador como el personaje quizás mas cumplido de los tiempos modernos, y la oracion del cristiano honra el cúmulo de las virtudes que pueden merecer el cielo. Al leer la historia de esta vida sublime y á la vez tan interesante, se pregunta uno á sí mismo si jamás sobre la tierra tuvo el Rey del cielo un servidor mas fiel que este ángel coronado por algun tiempo con cadauca diadema á fin de hacer ver al mundo como la fe y el amor pueden transfigurar al hombre. ¡Cuál es el corazon cristiano que no palpita de admiracion cuando piensa en todo lo que hubo de grande y sublime en el alma de san Luis! en aquel sentimiento tan puro y enérgico del deber; en aquel arrebatado y escrupuloso culto de la justicia; en aquella exquisita delicadeza de conciencia que le impulsaba á repudiar las adquisiciones ilegítimas de

¹ Véase el capítulo XXVI de esta Historia.

sus antecesores aun á riesgo de la seguridad pública y del afecto de los vasallos; en aquella tierna solicitud por el alma del prójimo; en aquel inmenso amor de sus semejantes que, brotando de su corazón y después de haber inundado á la esposa querida, á la madre y á los hermanos cuya muerte lloraba con tal amargura, le impulsaba en busca del último de los vasallos, y le hacía encaminar sus pasos en las horas de ocio hácia la cabaña de los miserables á quienes consolaba y aliviaba personalmente! Y todas estas virtudes hermanadas con un valor que rayaba en temeridad, hacían de él el mejor caballero y el mejor cristiano de la Francia, como se vió en Taillebourg y en Mansurah. Y es que no podía tener miedo ni al combate ni á la muerte quien habia hecho pacto inviolable con la justicia de Dios y de los hombres; quien sabia serle fiel aun contra su propio hermano; quien antes de darse á la vela para la cruzada enviara por todo el reino frailes mendicantes encargados de preguntar por chozas y cabañas si álguien recibiera desaguizado á nombre del Rey, y de reparar inmediatamente el daño á expensas del Monarca. Por eso, cual si fuera una encarna-

cion viva de la justicia suprema, en todos los grandes procesos de la época le escogieron por árbitro, ya sea el litigio entre el Papa y el Emperador, ya entre los barones de Inglaterra y su Rey; y hasta los mismos infieles que le tienen prisionero quieren que sea juez de sus contiendas. Arrastrado dos veces por amor de Cristo á bárbaras regiones, halla en ellas el cautiverio y luego la muerte, especie de martirio, único que se hallaba á su alcance, como también la única muerte digna de él. Desde el lecho de muerte dicta á su hijo sus famosas instrucciones, palabras las más memorables que hayan jamás salido de boca de un rey. Al ir á exhalar el postrer suspiro, se le oye decir en voz baja: «¡Oh Jerusalem, Jerusalem!» Estas palabras ¿eran un pesar ó una esperanza sublime? ¿iban dirigidas á la Jerusalem del cielo ó á la de la tierra? En esta última no habia querido entrar el santo Rey por tratados y sin ejército, por temor de que su ejemplo autorizase á los demás reyes cristianos á hacer otro tanto. Pero ellos lo hicieron mejor todavía: ni uno siquiera después de él fué á la ciudad santa: Luis, el último de los reyes cruzados, de los reyes verdaderamente cristianos, de los reyes pon-

tífices, fue tambien el mas grande de todos ellos; y nos ha dejado dos monumentos inmortales que son su oratorio y su sepulcro, ambos á dos puros, simples, lanzados como él hácia el cielo; sin contar otro mas bello y mas inmortal todavía en la memoria de los pueblos, á saber, la encina de Vincennes ¹.

En Inglaterra la perversa raza de los reyes normandos, tiranos del pueblo y opresores encarnizados de la Iglesia, no habia podido oponer á Felipe Augusto sino el infame Juan-sin-Tierra, y á san Luis el flojo y débil Enrique III. Pero junto á este trono escandaloso brilla con toda su luz la Iglesia, y la nacion se conquista garantías vitales y duraderas. La Iglesia sobre todo habia sido dotada en esta nacion de una serie de hombres eminentes que ocuparon la silla primada de Cantorbery cual quizás no tiene igual en sus anales. Bajo el reinado de Juan fue Estéban Langton digno sucesor de san Dunstan, de Lanfranc, san Anselmo, santo Tomás Becket, y el digno representante de Inocencio III. Despues de haber defendido con invencible intrepidez las in-

¹ El santo Rey administraba justicia á sus vasallos sentado familiarmente bajo estos árboles. (Nota del Traductor).

munidades eclesiásticas, se pone á la cabeza de los barones insurrectos y formados en ejército *de Dios y la santa Iglesia*. Esta santa liga arranca al rey Juan la célebre *Gran carta*, base de la constitucion inglesa tan admirada por los modernos, los cuales parece que al mirarla no tienen en cuenta que fue producto de la organizacion feudal; y que esta misma Carta, léjos de ser una innovacion, no era otra cosa mas que la rehabilitacion de las leyes de san Eduardo, una confirmacion del derecho público europeo, universal de la época, fundado en el mantenimiento de todos los derechos antiguos é individuales. Bajo Enrique III, sostenido en su vacilante trono únicamente por la Santa Sede que impide la reunion con la Francia por la conquista del hijo de Felipe Augusto, la Iglesia tuvo tambien sus defensores animosos y sus nobles victimas en san Edmundo de Cantorbery, muerto en el destierro (1242), y en san Ricardo de Winchester, y la nacion llevó á cabo la conquista de sus libertades capitaneada por el noble hijo de Simon de Montfort, valiente y piadoso como su padre, vencido y muerto al fin de la carrera, mas no sin haber convertido esta guerra popular en una cruza-

da é introducido los diputados del pueblo en la primera asamblea política que haya llevado el nombre, despues tan célebre, de *Parlamento británico* (1258).

Se ve por el mismo tiempo en Escocia al piadoso rey Guillermo aliado de Inocencio III, dar una prueba de su afecto á la Iglesia y á la santísima Virgen en la ley que manda al pobre pueblo descansar del trabajo todos los sábados despues de mediodía (1202). En los reinos escandinavos se abre el siglo XIII bajo el noble arzobispo Absalon de Lund (1201), guerrero intrépido y pontífice santo, bienhechor y civilizador de estos pueblos: prospera la Suecia bajo el nieto de san Erico; y bajo Haquin V (1217-1263), su principal legislador, saborea una paz desconocida la Noruega donde se conservan mas vestigios de la vetusta constitucion germánica. El mas ilustre de los reyes de Dinamarca Waldemaro el Victorioso extendia su imperio á todos los países meridionales del Báltico (1202-1252); y preludiando la union de Calmar, concebía y estaba en visperas de llevar á cabo el grandioso proyecto de reunir bajo un solo cetro todas las comarcas ribereñas del Báltico, cuando la batalla de

Bornhoveden (1227) vino á dar á las razas germánicas la preponderancia sobre las escandinavas. Mas, nunca en el discurso de sus conquistas perdió de vista la conversion de los pueblos paganos á que sin cesar le exhortaba la Santa Sede: sus esfuerzos por la propagacion de la fe coincidían con los que hacían por otro lado la Orden militar de los Porta-espadas fundada precisamente con este objeto (1203), y mas tarde la Teutónica. La traslacion del grueso de las fuerzas de esta segunda Orden á Prusia para implantar allí el Cristianismo (1234), es un acontecimiento inmenso en la historia de la Religion y la civilizacion del Norte de Europa; y si es cierto que muy pronto entraron las pasiones humanas á mezclarse en esta cruzada, que duró dos siglos, no lo es menos que á ella debe el Cristianismo el haber penetrado en el seno de aquellas poblaciones obstinadas, así como no se puede menos de pagar un tributo de admiracion al celo de los Papas por suavizar el régimen de la conquista ¹. En la misma línea ofrecía ya la Polonia las

¹ En 1249 fué á Prusia un legado del Papa para garantir á los pueblos conquistados la libertad de matrimonios, sucesiones, etc.

bases del *reino ortodoxo* ¹; el arzobispo Enrique de Gnesen, legado de Inocencio III, restablecía allí la disciplina y la libertad eclesiástica contra los ataques del duque Ladislao; en el trono, la tía de nuestra Isabel, santa Hedwigis, ofrece el ejemplo de las mas austeras virtudes al mundo, y á Dios en holocausto la vida de su hijo que muere mártir de la fe á manos de los tártaros. La Polonia, al oponer á estas hordas terribles, que habian avasallado la Rusia é inundado la Hungría, un baluarte que nunca lograron forzar, vertió durante todo el siglo torrentes de sangre, ensayándose á ser lo que siempre ha sido en los tiempos posteriores, la víctima gloriosa de la cristiandad.

Al descender hácia el Mediodía para ponerse á contemplar esa Italia, la mas animada y brillante de las naciones cristianas; aflíjese el alma con el espectáculo de las crueles é interminables luchas de güelfos y gibelinos y del formidable imperio del odio que cundía á la sombra de la guerra de principios, de donde tomaran su origen estos partidos. La historia de Italia

¹ Título que dieron despues los Papas á la Polonia,

en todas épocas aparece como dominada por este elemento del odio, combinado con no sé qué política pagana y egoista, resíduo de los recuerdos de la república romana que durante toda la edad media se sobrepuso en los corazones italianos á la idea de la Iglesia ó del Imperio, y que contribuía no poco á sustraerles de la saludable influencia de la Santa Sede, de quien debieran haber sido los primeros vasallos, y cuyo poderío y decision heroica pudieron apreciar cual ninguno durante toda la lucha de las ciudades lombardas contra los emperadores. Pero por muy repugnante que sea el espectáculo de estas discordias que desgarraban el seno de la Italia, ¿quién no se admira al ver aquella inmensa energía moral y física, aquel patriotismo ardiente, aquella profundidad de convicciones que se descubre en la historia de cada una de las repúblicas de que estuvo cubierto su suelo? ¿Á quién no pasma esa increíble fecundidad de monumentos, instituciones, fundaciones, hombres grandes en todos los ramos, poetas, artistas, guerreros que se veian brotar en todas esas ciudades de Italia hoy tan desiertas y despobladas? ¡Seguramente jamás desde los bellos siglos de

la antigua Grecia se habia visto tan poderoso desarrollo de la voluntad humana, tan maravillosa estimacion del hombre y de sus obras, tan abundante vida en espacio tan reducido! Pero cuando el pensamiento se fija en los prodigios de santidad que el siglo XIII vió nacer en Italia, se descubre cuál era el vínculo que mantenía enlazados todos aquellos corazones impetuosos; y se viene á la memoria aquel rio de caridad cristiana que corria profundo é incommensurable bajo estas tempestades y embravecidas olas. En lo récio de la general refriega se fundan ciudades y se enriquecen y prosperan, creciendo su poblacion hasta el décuplo de la que tienen hoy dia, produciendo obras maestras del arte y dando vigoroso é incesante impulso al comercio y sobre todo á la ciencia¹. Al revés de los países germánicos, toda la existencia política y social se concentra con la nobleza en las ciudades, no llegando á tener con todo ninguna de ellas bastante predominio para absorber la vida de las otras; explicándose en parte la inaudita fuerza de

uu ¹ La célebre universidad de Padua se fundó en 1222; la de Vincenza en 1202, Vercei en 1228, Treviso en 1290, Nápoles en 1224.

que disponen por esa libre concurrencia entre todas ellas. La liga de las ciudades lombardas, triunfante despues de la paz de Constanza, desafiaba victoriosamente todos los esfuerzos del poder imperial. Habian comunicado las Cruzadas un vuelo incalculable al comercio y á la prosperidad de las repúblicas marítimas de Génova y Venecia; y en especial la segunda de las dos, bajo el dux Enrique Dandolo, héroe octogenario y ciego, iba convirtiéndose en una potencia de primer órden por la conquista de Constantinopla y de aquel *cuarto y medio* del imperio de Oriente con que se envaneció por tanto tiempo. La liga de las ciudades toscanas, sancionada por Inocencio III, aseguraba con nuevas garantías la existencia de esas poblaciones cuya historia vale por la de los mas grandes imperios, como Pisa, Luca, Siena, que se dedicaba con solemne voto á la Virgen antes de la gloriosa batalla del Arbia, y sobre todas las demás Florencia, unidad tal vez la mas interesante de los modernos tiempos. En cada página de los anales de estas ciudades hallamos rasgos en que compite la piedad mas tierna con el mas generoso amor á la patria. Y para citar uno entre

mil, cuando se ve á un pueblo como Ferrara quejarse de que no se le imponen bástantes tributos para las necesidades de la patria, falta el valor para criticar severamente unas instituciones que hacian compatible hasta tal punto el desinterés y el patriotismo. Sabido es que con este movimiento puramente italiano corria parejas la lucha entre el poder espiritual y temporal, presentándose allí flagrante como en ninguna otra parte; y por cierto que el segundo, reducido á tener por representante al atroz Eccelino lugarteniente de Federico, rinde con esto suficiente y cabal homenaje á la superioridad moral de la Iglesia. El Mediodía de Italia bajo el cetro de la casa de Suabia debió á Federico II y á su canciller Pedro de las Viñas una legislacion sábia y completa y todo el esplendor de la poesía y las artes; pero al mismo tiempo este Emperador y su hijo Mainfroy inundaron aquel país de colonias sarracenas, hasta que Roma llamó allá una nueva raza francesa, la casa de Anjou, que como los bravos normandos de otro tiempo vino á garantir la independencia de la Iglesia, y á cerrar á los infieles esta puerta de la Europa.

Pero si el historiador al juzgar la Italia no puede menos de luchar con cierta tristeza, en cambio la España de este siglo XIII le presenta un objeto de admiracion pura. Esta noble nacion se hallaba entonces en sus tiempos heróicos bajo todos los aspectos, pues en ellos mereció conquistar no solamente el territorio de la Península y su independencia, sino tambien el título glorioso de *monarquía católica*. De las dos grandes divisiones de la España, Aragon nos presenta desde luego, en pos de aquel Pedro III á quien vimos tomar voluntariamente de manos de Inocencio III su corona para concluir muriendo en Muret haciendo armas contra la Iglesia, á su hijo D. Jaime el Conquistador casado con una hermana de santa Isabel, y que se ganó este dictado arrebatando á los moros Mallorca y Valencia; que escribió como César su propia crónica, y que en los sesenta y cuatro años de su reinado nunca fue vencido, ganó treinta victorias y fundó dos mil iglesias. Ábrese este siglo en Castilla con el reinado de Alfonso VIII, fundador de la Orden de Santiago y de la universidad de Salamanca, dos glorias de la España: brilla al lado del Monarca el ilustre arzobispo de Toledo Ro-

drigo Jimenez (1208-1215), digno precursor del que dos siglos mas tarde habia de inmortalizar este mismo nombre; pues como otros muchos prelados de aquel tiempo era á la vez guerrero intrépido, político profundo, predicador elocuente, historiador exacto, y pródigo limosnero. Este Rey y este Prelado fueron los héroes de la sublime batalla de las Navas de Tolosa (16 de julio de 1212), en la cual hizo la España por la Europa lo que la Francia hiciera en tiempo de Carlos Martel, y lo que mas tarde hizo tambien la Polonia con Sobieski cuando la salvó de la irrupcion de cuatrocientos mil musulmanes que iban á tomarla por la espalda. Desde esta memorable jornada quedó roto el imperio de la media luna; tipo verdadero de una batalla cristiana, quedó consagrada en la memoria del pueblo por medio de milagrosas tradiciones; y el grande Inocencio III no creyó deber hacer menos, para celebrarla dignamente, que instituir la fiesta del *Triunfo de la santa Cruz* que todavía hoy se observa en dicho dia en España. Sucede á Alfonso el rey san Fernando, contemporáneo y primo hermano de san Luis, y que honra tan esclarecido parentesco juntando, como el

Monarca francés, á todas las virtudes de un Santo todas las glorias de guerrero cristiano, al amor mas ardiente de Dios el afecto mas tierno á sus vasallos. Jamás consintió en imponer á éstos nuevas gabelas, pues decia: «Dios proveerá por otro camino á nuestra defensa; mas que á todo el ejército moro, temo yo la maldicion de cualquiera pobre mujer de mi pueblo.» Y sin embargo prosigue con inaudita fortuna la obra de la restauracion nacional: toma á Córdoba, asiento del califato de Occidente; dedica la principal mezquita á la Virgen, y luego hace transportar á Compostela en hombros de los moros las campanas que Almanzor habia robado de allí y hecho conducir sobre las espaldas de los Cristianos. Conquistador del reino de Murcia (1240), del de Jaen (1246), y por último del de Sevilla (1248), ya no deja á los árabes mas que Granada; pero tantos laureles no le envaneecen, ni su humildad naufraga en este piélago de glorias; antes bien al hallarse en su lecho de muerte, próximo á rendir el último suspiro, exclama llorando: «¡Oh Señor y Dios mio! ¡cuánto habeis sufrido por mí! y yo, desgraciado, ¿qué es lo que he hecho por amor de Vos?»

Tenia la España sobre su propio territorio una cruzada permanente; el resto de Europa iba léjos á buscarla, ya contra los bárbaros del Norte, ya contra los herejes del Mediodía, ya al Oriente contra los profanadores del Santo Sepulcro. De cuando en cuando este gran pensamiento, cayendo en medio de todas las agitaciones locales y pasiones personales, las absorbía por completo formando de todas ellas una sola. Con san Luis bajó esta idea al sepulcro; pero en la primera mitad del siglo XIII se hallaba aun en toda su fuerza. Á primeros de este siglo Foulques de Neuilly, rival de Pedro el Ermitaño y de san Bernardo por la elocuencia y el entusiasmo que inspira, anda de torneo en torneo haciendo tomar la cruz á toda la caballería de Francia: en Venecia dase á la vela un ejército de barones y va á derribar el imperio de Bizancio como una ruta para Jerusalem. Respetando el fallo que contra esta pasmosa conquista arancó á Inocencio III su equidad severa é inexorable, es imposible por otra parte desconocer lo grande de la empresa y el sentimiento cristiano que la inspirara. Se ve á los caballeros franceses presentar siempre como base primera de las negociaciones la

reunion de la Iglesia griega con Roma, y hacer de este punto el primer resultado de su victoria. Además hay que mirar esta conquista como un justo castigo impuesto á la perfidia de aquellos emperadores griegos, siempre traidores á la causa de los cruzados, así como á aquel pueblo degenerado y sanguinario siempre esclavo ó asesino de sus príncipes. Aun cuando la idea de la cruzada debiera naturalmente perder fuerza al esparcirse en distintas direcciones, hemos podido no obstante formar concepto de la intensidad de esta fuerza por medio de todos aquellos generosos príncipes que creían incompleta y manca su vida si la terminaban sin haber visto la Tierra Santa: tales eran Tibaldo de Champaña, á quien tan bellos versos inspiró esta expedicion; el santo y piadoso Luis, marido de nuestra Isabel, á quien verémos morir en el camino; Leopoldo de Austria, y hasta el lejano rey de Noruega, que quiso ser compañero de expedicion de san Luis. Las esposas de estos valientes no vacilaban en acompañarles en tan arriesgada peregrinacion, contándose en el campo de los cruzados casi tantas princesas como príncipes; hasta los niños experimentaban el influjo del ge-

neral entusiasmo, y en todos los puntos de Europa se vió en 1212 con emocion indecible esta cruzada de niños cuyo éxito fue tan funesto, pues que todos perecieron, pero que era la suprema prueba de este amor del sacrificio, de esta ciega adhesión á las creencias y convicciones que animaban á los hombres de entonces desde la cuna hasta el sepulcro. Lo que estos pequeñuelos intentaran hacer antes de tener edad para ello, no se cansaban tampoco de emprenderlo ancianos gastados por los años; testigo aquel Juan de Brienne rey de Jerusalem, que, despues de haber consagrado toda la vida á combatir por la fe y por la Iglesia aun contra su propio yerno Federico II, á la edad de ochenta años cumplidos corre todavía á tomar á su cargo la defensa del nuevo imperio latino de Oriente; y despues de lances de milagrosa fortuna, espira á los ochenta y nueve años desfallecido de victorias aun mas que de vejez, no sin haberse despojado primero de la púrpura imperial y la gloriosa coraza para vestir el sayal franciscano, insignias del triunfo con que pone el sello á todos sus triunfos anteriores (1237).

Al par de estas manifestaciones indivi-

duales de celo, la Europa veia todavía florecer como milicia permanente de la Cruz las tres grandes Ordenes militares, las confraternidades belicosas del Temple, de San Juan de Jerusalem y de Santa María de los Alemanes. Los caballeros de esta última tenian por gran maestre á principios del siglo XIII á Hermann de Saltza, ilustre por su noble é incansable esfuerzo para conciliar la Iglesia y el Imperio, y bajo cuyo reinado tuvo lugar la primera expedición de los caballeros Teutónicos en Prusia, mientras uno de los focos principales de la Orden, y mas adelante su capital, se hallaba junto al sepulcro de santa Isabel en Marbourg.

Así, pues, en Oriente la toma de Constantinopla y la ruina del imperio griego por un puñado de francos; en España las Navas de Tolosa y san Fernando; en Francia Bouvines y san Luis; en Alemania la gloria y la ruina de los Hohenstaufen; en Inglaterra la Gran carta; en la cima del mundo cristiano el gran Inocencio III y sus sucesores, hé aquí un conjunto de cosas, bastante en mi concepto, para señalar á la época de santa Isabel un lugar memorable en la historia de la humanidad. Buscando en

ella las ideas fundamentales, fácilmente las encontraremos por una parte en la magnífica unidad de la Iglesia que atendía á todo, proclamando, tanto en sus misterios augustos, como en sus mas ligeros pormenores, la supremacía definitiva del espíritu sobre la materia; consagrando con prudente y paternal solicitud la ley de la igualdad entre los hombres, y que asegurando hasta al siervo mas infeliz la libertad del matrimonio y la santidad de la familia, señalándole en el templo un sitio inmediato al de su señor, abriéndole sobre todo el camino á todas las dignidades espirituales, cavaba un abismo entre su condicion y la del esclavo mas favorecido en la antigüedad. Tras la Iglesia vemos el poder temporal, el imperio, el trono, con frecuencia, sí, profanado por los que eran sus depositarios, pero sujeto por mil lazos á los caminos de la caridad; enfrenado por doquiera en sus desmanes por las barreras alzadas por la fe y por la Iglesia; no avezado todavía á deleitarse en esas legislaciones generales que con sobrada frecuencia aplastan el genio bajo el nivel de una estéril uniformidad; encargado por el contrario de velar por la conservacion de todos los derechos indivi-

duales y de santas costumbres de los antepasados, así como por el desarrollo regular de las necesidades locales é inclinaciones particulares; presidiendo en fin á aquella grande organizacion feudal fundada enteramente sobre el sentimiento del deber como fuente natural é indefectible del derecho, y que daba á la obediencia el carácter de una virtud llena de dignidad y de un afecto desinteresado y generoso. Harto claro se ve por los horrores de Juan-sin-Tierra durante su prolongada lucha contra la Iglesia, y por la miserable decrepitud del imperio bizantino, lo que en esta época hubiera sido el poder temporal entregado á sí mismo, mientras que aliado con la Iglesia daba al mundo santos coronados como san Luis y san Fernando, esto es, reyes cuales nunca volvió á ver el mundo.

Tal era, pues, como acabo de decir hasta aquí, la vida política y social de este siglo. La vida del alma y de las creencias, la vida interior en cuanto cabe distinguirla de esa otra, nos ofrece un espectáculo mas grande y maravilloso todavía y mas intimamente relacionado con la vida de la Santa cuya historia he escrito. Vamos á ver al lado de los grandes sucesos que inundan la faz

de los imperios, otras revoluciones mas completas y permanentes en el reino de los espíritus; al lado de esos guerreros ilustres, de esos Santos sentados sobre tronos, verémos ahora á la Iglesia dar á luz, para enviarlos en busca de almas para Dios, conquistadores invictos y ejércitos de Santos reclutados en todas las clases altas y bajas de la sociedad.

Efectivamente; andando el tiempo habia invadido á esta sociedad una gran corrupcion de costumbres, que tomando la forma de herejías de diversas clases, la amenazaba por todas partes, y habia enfriado la piedad y el fervor de las gentes; Cluny, el Cister, la Cartuja, el Premonstrato, todas estas grandes fundaciones de los precedentes siglos no bastaban para reanimar la moribunda llama cuyo foco por otro lado obscuria con harta frecuencia la árida lógica que reinaba en las escuelas. Habia menester la cristiandad enferma de nuevo y soberano remedio; de violenta sacudida sus entorpecidos miembros; de brazos nuevos y de mayor pujanza su cabeza la Iglesia de Roma. Y como Dios nunca faltó á esta Esposa, que ha jurado no faltar á Dios nunca, no dejó de enviarla el ansiado y necesario remedio.

Mas bien visiones proféticas que sueños, eran los que tuvieron entonces Inocencio III y Honorio III cuando se les aparecía la basílica de Letran, madre y catedral de todas las iglesias cristianas ¹, sostenida, en el momento de venirse abajo, ya por un mendigo italiano, ya por un pobre sacerdote español. Vedle venir! Ese sacerdote que baja de los Pirineos al Mediodía de Francia invadido por la herejía, que anda á piés descalzos por medio de las espinas y abrojos á predicar á los herejes, es el gran santo Domingo de Guzman ², á quien su madre cuando aun le lleva en su vientre ha visto en sueños bajo el símbolo de un perro que trae una antorcha encendida entre las quijadas, emblema profético de su vigilancia y encendido celo por la Iglesia: una estrella lleva en la frente este niño al tiempo de bautizarle; crece luego en la pureza y la piedad sin conocer mas amor que el que profesa á aquella Virgen divina cuyo

¹ La inscripcion, único resto de la fachada primitiva, que se ve sobre la puerta moderna de San Juan de Letran, dice: «Dogmate papali datur ac simul imperiali, quod sim cunctarum mater et caput ecclesiarum, etc.»

² Nació en 1170; principió á predicar en 1200; murió en 1221.